

TRIBUTO A BLENHOLT

DANIEL FUCHS

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS
DE ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN



TÍTULO ORIGINAL: *Homage to Blenholt*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © 2019 by Thomas and Jacob Fuchs

© de la traducción, Enrique Maldonado Roldán, 2020
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2020
© de la ilustración de cubierta, Natalia Zaratiegui, 2020

Derechos exclusivos de traducción en lengua española para todo el mundo:
Automática Editorial S.L.U.

ISBN: 978-84-15509-62-2
DEPÓSITO LEGAL: M-12042-2020

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: junio de 2020

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

TRIBUTO A BLENHOLT

DANIEL FUCHS

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS
DE ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN



UNO

BYRON SESTEA, SILENTE SESTEA¹

Balkan avanzaba a grandes zancadas entre la espesa niebla matinal que cubría con suavidad las sucias calles de Williamsburg.² Como el que camina en sueños, sentía que se adentraba en una misteriosa irrealidad. Esta extraña sensación lo embriagaba, algo que solo era posible porque, ensimismado, desatendía su peculiar manera de caminar. Y bien curiosa era, con un movimiento circular y demorado de la cadera derecha que culminaba lanzando bruscamente el pie hacia delante para mantener el ritmo. Ningún hombre con una forma tan peregrina de andar tenía derecho a pensar que lo hacía en un entorno irreal; pero Balkan seguía adelante, deleitándose en las tibias aguas de su imaginación, a pesar de

1 Verso de una canción infantil del elitista colegio inglés de Harrow. En ella Lord Byron, el gran poeta romántico inglés, descansa, perezoso, sobre una tumba con la inscripción «Peachey» y «sueña poesía en soledad», porque «los poetas no deberían, no deberían, no deberían tener que trabajar».

2 Situado en el distrito neoyorquino de Brooklyn, el barrio de Williamsburg acogió, especialmente después de la apertura del Puente de Williamsburg, en 1903, a oleadas de inmigrantes que abandonaban las terribles condiciones de hacinamiento del Lower East Side de Manhattan. Agrupadas por orígenes étnicos y religiosos, a las comunidades originales, fundamentalmente alemanas y judías centroeuropeas, pero también irlandesas e italianas, se fueron sumando otras con los años, entre ellas una abigarrada comunidad de judíos ortodoxos llegados durante y después de la Segunda Guerra Mundial, que es hoy uno de los elementos más reconocibles del barrio. Tras un fuerte declive en la segunda mitad del siglo xx, en la actualidad sufre un proceso de gentrificación que amenaza a sus residentes.

que sus recurrentes movimientos de cadera y patada posterior parecieran, al menos simbólicamente, los congestionados sorbidos de quien tiene un resfriado.

«¿Me permite, señor? —dijo Alí Babá al frente de sus cuarenta ladrones—. ¿Me permite unas palabras?». Sí, sí, respondió Balkan con los ojos entrecerrados. Pero hasta ahí lo llevó la ensoñación. Alí Babá se desvaneció, no diría ni una palabra más. En las alturas, como una alfombra mágica que cruzara el cielo, una banderola roja publicitaba la imagen de una mujer, de una belleza extraordinaria y dimensiones espléndidas, en un bañador de rejilla. «La señal de la Gasolina Oronoco —decía jovial— es la señal de la Conducción Feliz».

—¿Periódico? ¿Periódico? —le preguntó un chico a Balkan.

Era un niño real.

Balkan se lo pensó un momento.

—No —contestó juiciosamente.

—¿Periódico? ¿Periódico? —gemía el chico.

No había nadie más cerca, pero el niño no era de los que se molestan con facilidad y siguió dirigiéndose con decisión a la neblinosa mañana.

Balkan salió de Bridge Plaza y embocó La Extensión. Las calles adoquinadas habían empezado a retumbar con el ruido del tráfico que corría hacia el puente de Williamsburg para adelantarse a la hora punta. Pero entre la bruma, con paso pesado y desanimado, avanzaba el caballo del lechero. ¿Alguien ha visto el caballo blanco?, se preguntó Balkan con gesto tenso, como en un relato de misterio. ¿Quién cabalga el caballo blanco? ¿De dónde viene ese jinete? ¿De dónde vienen esas trompetas, tuu tuu tuu? Balkan no pudo más que salir de su ensoñación para reírse con tristeza de sí mismo. No sé, ¿por qué no?... se dijo.

¡Delicioso! Este mundo extraño, con los hombres, que apenas si se distinguen, acelerando con decisión para no perder la

conexión del metro y el tranvía: peculiares figuras en la niebla; los autos fantasma pasando a toda prisa; el propio aspecto de las calles a esa hora, llenas de periódicos en las alcantarillas; las silenciosas casas de vecindad descansando como perros viejos antes del amanecer; y por encima de todo, las maravillosas mujeres de los anuncios, sonriendo sin ropa aunque no hubiera nadie más allá de Balkan que pudiera mirarlas y quedar impresionado. ¡Delicioso!, se dijo Balkan que, con la mente en las alturas, exhaló una bendición para ese viejo caballo blanco.

Este era el lujo de Balkan: levantarse antes de las siete la mayoría de las mañanas para pasear por las calles, porque entonces sentía que crecía hasta los dos metros y medio y pesaba ciento cincuenta kilos. Estados Unidos está compuesto de soberbios y de mansos, y aquellas mañanas, solo entre la niebla, él formaba parte de los poderosos. Balkan resplandecía. A las siete, las calles de Williamsburg apenas habían amanecido, no había humillación, no existía la indignidad y le era posible sentirse un hombre que vivía tiempos excepcionales con grandeza y sentido. Allí con él, en la neblina de la mañana, no había una hermana que lo llamara *kvetch* y lo ridiculizara. Ni sus amigos ni Ruth estaban ahí para burlarse de sus proyectos y sus teorías. Y la mugre sudada de Williamsburg se alejaba, se perdía, porque Balkan caminaba a grandes zancadas en un mundo propio en el que todos los sueños se hacían realidad, todos los deseos se cumplían. En momentos como estos, su mente, a la que no importunaba la realidad, se adormecía entre esperanzas y planes para alcanzar el éxito. Ascendería rápidamente, nivel tras nivel, se elevaría y escaparía de Williamsburg y de su inercia, tendría un alma esplendorosa y heroica: una vida brillante. Las ensoñaciones entraban en tromba en su cabeza mientras paseaba, y se sentía todavía más feliz porque en esos momentos las valoraba con seguridad. Sus esperanzas se harían realidad, lo sabía, lo sabía, y esa deliciosa

sensación de certeza se acumulaba en su interior hasta casi desbordarlo. Como Tamerlán incluso, como Tamerlán... En la calle Rodney el quiosco de caramelos estaba abriendo, el tendero retiraba las gigantescas ventanas de cristal.

—¡Buenos días! —chilló alegre Balkan.

—¿Eh?

Era un hombre calvo que llevaba el cuello de la camisa retorcido como una soga. Aquellos ojos, donde aún se veía sueño, miraron a Balkan con desconfianza y preocupación.

—Seré su primer cliente —anunció Balkan con una sonrisa, en absoluto perturbado—. Lima-limón, por favor.

—¿Eh? ¿Qué dices?

Balkan señaló la jarra invertida de sirope.

—Un refresco...

El tendero, con el ceño fruncido, cogió un vaso, pulsó el botón para que cayera el zumo, vertió agua con gas y lo plantó delante de su joven cliente. La humedad mortecina y la oscuridad de la mañana daban a la tienda un aire sombrío. Balkan no disfrutó mucho la bebida porque aquel hombre no le quitaba los tristes ojos de encima, con un gesto de gran preocupación y los brazos en jarras.

Tampoco estaba muy buena. Balkan subió por la calle Ripple, más sobrio después del primer contacto con la realidad. De pronto se detuvo boquiabierto. ¿Qué era aquello? Calle arriba, a través de la densa niebla, vio la silueta borrosa de una figura humana imposible. Era pequeña, pero rolliza y voluminosa, no parecía factible que fuera una persona. En lugar de acercarse, Balkan esperó a que la extraña silueta llegara flotando hasta él. Aguardó en tensión, con la boca todavía abierta y los ojos entrecerrados detrás de las gruesas lentes.

Terminó por cerrar la boca. La aparición era el resultado de dos mujeres embarazadas que caminaban del brazo. Una vez más, Balkan reconoció con un suspiro lo poco fiables que son los sentidos y recordó a los escépticos de la Antigüedad,

el problema filosófico: la realidad frente a la apariencia. Carnéades, que defendía que la verdad no existe; Zenón, que no se retiraba cuando una carreta iba hacia él porque rechazaba la certeza de la vista. ¿Era Zenón? Había dos o tres Zenones. Las dificultades con los Zenones siempre desconcertaban la naturaleza erudita de Balkan. El filósofo en cuestión, recordó finalmente, no era uno de los Zenones, sino otro llamado Pirrón. De cualquier modo, esto no solucionaba el problema de los Zenones y Balkan quedó con un vago pero inequívoco sentimiento de insatisfacción. El estado de alegre emoción había pasado.

En el confuso laboratorio de su cabeza sonó una campana que dio por concluida la lección, por así decirlo, en tono de reprimenda. Con una evidente pizca de tristeza, puesto que había disfrutado el paseo matutino, Balkan renunció a sus conjeturas y dirigió sus peculiares pasos hacia la casa en la que vivía. Tenía que aclararse la cabeza, la niebla se levantaría, el cálido sol ya empezaba a abrirse paso. Ahora tocaba prepararse para el funeral de Blenholt. La idea lo animó. En meticuloso orden, enumeró sus tareas. Uno: pasar por las habitaciones de sus amigos para recordarles el funeral; dos: vestirse de manera adecuada para la ceremonia, y tres: ir con sus amigos a la última residencia de Blenholt. Balkan intentó concentrarse en estos problemas inmediatos, esperaba de corazón que no se presentara nada que pudiera distraerlo.

Finalmente, la casa de vecindad de ladrillos rojos, en absoluto atractiva, se manifestó con su impasible presencia. Aunque en cierto modo temeroso y un tanto infeliz por sus recelos, Balkan se tomó un tiempo para prestar atención a la inscripción que había en la pared, encima del portal. En otros momentos había lamentado con frecuencia la costumbre del barrio de numerar las casas, en lugar de, como en otros sitios, ponerles nombre. Sin embargo, aquella mañana su edificio lucía uno. Estaba escrito en tiza amarilla, era grosero, pero

aun así, un nombre. UELES MAL, decía. Algo más animado, Balkan entró en el vestíbulo.

Se abrió camino en la penumbra entre los grupos de niños que corrían de un lado para otro en juegos hábilmente improvisados para adaptarse a las limitaciones de los pasillos de las casas de vecindad.

—¡Quédate fuera y rómpete una pierna! —le decía a Heshey su madre, que, ante la oposición del niño, lo empujaba.

Balkan se paró a mirar, sufriendo ya por las condiciones de vida de Williamsburg.

—No quiero. Tengo que hacer pipís.

—¡Mentiroso! ¡Eres un mentiroso! —respondió la madre, que seguía empujándolo, con el sudor corriéndole por la cara en pequeños ríos—. Acabas de hacer pipís. Lo que quieres es quedarte en casa.

Heshey clavó los talones y empujó, tozudo, con el culo. Su madre batallaba.

—¿Por qué te levantas tan temprano, bandido? ¿Solo para torturarme? O te quedas en la cama o te sales al pasillo. No puedo hacer el desayuno contigo en la casa.

Lo achuchó con la rodilla y el niño cayó de boca, aunque apoyando las manos.

—¡Fuerte como un buey! —exclamó su madre, y cerró la puerta.

—¡Mami! ¡Me he hecho daño! —sollozaba Heshey sin mucho convencimiento—. ¡Me has tirado y me he hecho daño!

—Vete al infierno y rómpete una pierna —contestó tranquilamente su madre. ¡A ella la iban a engañar con una maniobra tan simple!—. Estoy haciendo el desayuno.

—¿Huelo mal? —preguntó Chink, que se presentó de inmediato delante de Heshey.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Me preguntas a mí?

—¿Huelo mal?

—¡Buaaa! ¡Mamá!

—¿Huelo mal?

—¡Mamá, Chink me está pegando!

—¿Soy idiota? ¿Huelo mal? Te estoy preguntando de verdad.

—¡Mamá! —Heshey chillaba enloquecido—. ¡Que no es de broma! ¡No estoy haciendo el ganso! ¡Chink me está pegando!

—Vete al infierno y rómpete una pierna —llegó volando la voz de la madre con total despreocupación—. ¡No vas a entrar en la casa ni aunque te mueras!

—¿Qué te pasa, no sabes hablar? —Chink preguntaba con una expresión malvada en el rostro—. ¿Se te traba la lengua? ¿Y si te doy una patada en la barriga?

—¡Buaaa!

Balkan decidió intervenir:

—A ver, chavalín —dijo—, ¿por qué no lo dejas en paz? No te está haciendo nada.

—¿Ah, sííí? ¿Y a ti quién te ha preguntado?

Balkan buscó algo apropiado que responder. Se quitó al niño de en medio con un empujón.

—¡Ni se te ocurra ponerme encima las manos asquerosas que tienes, asqueroso, si te pasas conmigo te tiro desde el tejado una botella en la cabeza podrida que tienes, a ver si te gusta, tripascagás! ¡Pegarle a un niño más pequeño que tú!...

Una vecina asomó la cabeza por la puerta. Había oído el ruido y, al ver a Balkan, supuso que le había pegado al niño.

—¡A ver si dejamos las manos quietecitas, caballero! —lo reprendió—. Un hombre hecho y derecho, ¡vergüenza te tendría que dar y bien!

Balkan se frenó. Ahí estaba la mujer, protectora de los pequeños. ¿Cómo explicarlo? Chink parecía un crío duro y, en su presencia, Balkan se acobardó. Estaba destinado a perder su dignidad.

—No ha pasado nada, doña. Le estaba pegando al otro niño más pequeño. Yo solo quería pararlo. Venga —le dijo a Chink, casi suplicando—, ¿es que no lo puedes dejar en paz?

—¿Ah, síii? —respondió Chink—. ¡Tonto!

La mujer lo miraba desde la puerta con ojos feroces. Balkan se volvió hacia Heshey.

—Heshey... mejor que te bajes a la calle. Si te molesta, me lo dices.

—¿Síii? ¿Y qué vas a hacer? —Chink tenía curiosidad.

—Pues... ya lo verás. Mejor ándate con cuidado.

—Mira, caballero —dijo Chink—. ¿Sabes qué?

—¿Qué? —preguntó Balkan esperanzado.

—¡Hueles mal!

—¡Bien! ¡Bien! Dale. ¡No le dejes que te pegue —exclamó la mujer en la puerta— solo porque es más grande!

—Bah, vete ya, pedazo de... pequeño...

Balkan subió el tramo de escaleras muy angustiado. Hasta un niño. Todo y todos. Daba igual lo que intentara hacer, siempre terminaba de alguna forma cayendo en desgracia. La imagen de la mujer, que lo miraba con el ceño fruncido y un gesto de superioridad desde su puerta, se alojó en su memoria para atormentarlo. ¡Injusticia! ¡Injusticia! La humillación, su mayor fuente de sufrimiento, era un peligro constante. «Repámpanos», murmuró, pensando en su agradable paseo entre la niebla. «Repámpanos». Estaba ante la puerta de Coblenz.

En un momento de duda en el rellano, Balkan reparó de pronto en el ruido. Después de tomarse un tiempo para analizarlo, supo que oía el chirrido metálico que hacen los niños cuando patinan sobre ruedas en un suelo de madera. Luego oyó unos golpes continuos. No era capaz de imaginar qué eran, pero las maldiciones espasmódicas las identificó con facilidad: Coblenz.

Se dio la vuelta con la intención de irse, pero recordó a Blenholt y el funeral. Negando con la cabeza y temeroso de lo que pudiera sucederle, sintiendo que tenía el peso y la altura que en concreto le correspondían, Balkan llamó a la puerta con suavidad.

DOS

JOAN CRAWFORD EN EL MIRAMAR

Balkan llamó con suavidad. De nada sirvió. Llamó una y otra vez. Habría tocado el timbre, pero sabía que Coblenz había cubierto hacía tiempo la bolita de metal con papel y que la campanilla sería, por tanto, inútil. Aun así, decidió intentarlo y pulsó el botón. De fondo, el chirrido de los patines seguía, acompañado de los golpes y las maldiciones. ¡Pues claro que Coblenz no lo oía! Empezó a aporrear la puerta con más fuerza. Entonces, de súbito, tenía a Coblenz delante, a punto de ser saludado por los dos puños en alto de Balkan.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco? —le dijo—. ¿Cuántas veces tengo que repetirte que entres? ¿Tanto te gusta llamar a la puerta?

—¿Por qué tienes que pegarle papel al timbre? —se defendió Balkan tímidamente—. ¿Cómo puede uno llamar...?

—¡Puñeteros niños! —lo cortó Coblenz—. Escúchalos.

Los patines rechinaban en el techo como si fuera una tabla de lavar. Balkan pudo entonces explicarse los golpes, pues en ese momento Coblenz cogió la escoba y volvió a clavar el mango en el techo. Le atizaba con implacable vigor, con una rígida expresión que enmascaraba la furiosa desesperación que se había apoderado de él. Coblenz golpeaba con solemne exasperación, y de vuelta, a modo de respuesta, se oía el continuo chirrido vertiginoso de los niños de arriba.

—Luego dice la gente que estoy chalado —protestaba—. Ni siquiera tienen patines con rodamientos decentes. Si los tuvieran quizá no me importaría tanto. Así, me estoy volviendo loco. Luego dice la gente..., dicen: «Coblenz está chalado».

—En muchos sentidos —dijo Balkan— los niños son un incordio.

—Gracias. Muchas gracias. Eres de mucha ayuda.

—Bueno, ¡no la tomes conmigo!

El techo estaba grabado con un marcado patrón cuyo motivo central eran, por supuesto, las incrustaciones del mango de la escoba. Balkan no podía más que analizar los agujeros y, cuanto más los miraba, más percibía las características artísticas del diseño. Por un momento dudó si mencionárselo a Coblenz con seriedad, pero se echó atrás inmediatamente. No dijo nada. En lugar de eso, esperó a que su amigo parara, algo que terminó por suceder, de forma abrupta y sin una palabra. Tiró la escoba al suelo de tal modo que quedó un instante bailando sobre las cerdas y, finalmente, capitulando, cayó. Balkan procuró respirar con suavidad. Tenía miedo. Había algo en su amigo, sobre todo cuando estaba de este humor, que lo asustaba por mucho que intentara combatir el temor. Y el reconocimiento de esta debilidad propia le dolía más que la debilidad en sí. ¿Por qué tenerle miedo a Coblenz?

—Coblenz —empezó Balkan agresivo—, he venido a recordarte... Ya sabes. El funeral de Blenholt. Prometiste venir con nosotros.

Pero entonces Coblenz fue al alféizar de la ventana a coger una botella de *whisky*. Bañó los dientes con un trago de licor, guiñando los ojos por el alcohol que, además de matar el dolor de muelas, también se colaba por las hendiduras de la lengua y en las mejillas con una sensación de quemazón. Al final se lo tragó resueltamente y se sentó a considerar sus posibles efectos.

—¿Dolor de muelas? —preguntó Balkan solícito.

—¿Y?

—Nada. Bueno, claro, que lo siento. Es una pena.

—El *whisky* —protestó Coblenz— me hace daño en la boca.

—Blenholt, ¿te acuerdas? —insistió Balkan animado—. Dijimos que iríamos todos: Munves, tú y yo.

—¿Qué? —preguntó Coblenz, distraído por el dolor—. Mira, no quiero darte la impresión de que estoy protestón hoy, pero es que todo pasa siempre a la vez, ese es mi destino. Mira, profesor, déjame que te cuente cómo ha pasado todo para que te hagas una idea.

Balkan no se atrevió a interrumpirlo. Iba a ser duro.

—Esta mañana —gimoteaba Coblenz como un niño— me he levantado a las cinco en punto y desde el principio sabía la que se me venía encima. Porque, ¿por qué me he levantado tan temprano? Algo ha tenido que despertarme, me he dicho, y he empezado a preocuparme. Aunque me sentía bien, tenía un presentimiento, como cuando adivinas quién va a ganar en las carreras, solo que al revés, claro. Así que desde el principio decido no asumir riesgos. Hago gárgaras con aspirina, me aplico óxido amarillo en los párpados, me meto ácido bórico en las orejas con una jeringa y me limpio la nariz con mentol. Hago todo esto y, ¡venga!, empiezan a dolerme las muelas.

»¡Ja, ja, ja! —empezó a reírse Coblenz con amargura—. Me estoy riendo. De hecho es que me da la risa. Quizá el dolor se me vaya, me lo estoy imaginando. Así que espero. Espero y espero, pero no puedo olvidarme de él. A las primeras de cambio estoy sorbiendo aire entre los dientes y entonces es peor. Déjalo estar, me digo, pero no puedo, tengo que empeorarlo y luego me pongo a beber agua fría para adormilar la muela. Ya sabes cómo. Y luego todas las muelas de ese lado empiezan a dolerme hasta que pienso: de nada sirve engañarse, tengo un dolor de muelas. Total, que salgo a donde Yussefsky y lo despierto. Véndeme una botella de *whisky*, por favor, y dice: «¿Quién es?... ¿Coblenz? Está chalado, a estas horas...». Así que consigo el *whisky* y, cuanto más bebo, peor

me pongo. Por un segundo la muela deja de dolerme y digo, ¡bien!, pero luego empieza otra vez, solo que peor. No sé, tal vez la gente tenga razón, lo mismo estoy chalado, aunque empiezo a creer que Dios me eligió a mí y que tiene algo en mi contra.

Esto era lo más cerca que Coblenz había estado nunca de una confesión personal con Balkan, que escuchó el largo discurso con un gesto de completa comprensión y se animó. Pensó si debía empezar con esa teoría del dolor que tenía. Era cierto que el tono de Coblenz había sido más íntimo que nunca antes, pero, aun así, se había expresado con una terrible contención. Balkan, considerando la irritación de su amigo, se acobardó. Sin embargo, rechazando valiente cualquier posibilidad desagradable, decidió arriesgarse y exponer su teoría en aras de cualquier bien que pudiera producir.

—Porque —empezó nervioso— nada hay bueno ni malo si el pensamiento no lo hace tal.

—¿Qué? —respondió Coblenz con unos ojos hinchados que lo miraban fijamente, perplejos.

—Hamlet —explicó Balkan.³

—¿De qué estás hablando?

—Verás, esto puede ser de ayuda o no. A mí a veces me funciona. Verás...

—¿Es una teoría?

—Da igual —dijo Balkan con una mueca—. Intenta...

—Quiero saberlo. ¿Es una de tus teorías?

—Bueno, no es una teoría exactamente. Es lo que hago cuando me duele algo.

—Ah —contestó Coblenz dubitativo—. Vale. Dispara.

Balkan tomó aire.

—Verás, intenta localizar el dolor en tu cerebro. Es decir, Coblenz, ¿serías capaz de pensar en tu dolor de muelas como una pelota definida de sensaciones?

3 La cita corresponde a *Hamlet, príncipe de Dinamarca*, en William Shakespeare, *Obras Completas*, II, trad. Luis Astrana Marín, Aguilar, 1949.

—Vale —dijo Coblenz impaciente—. ¿Adónde quieres ir a parar con tanta tontería?

—Bien. La tienes aislada. Examínala.

—¿Qué?

—El dolor. —Balkan hablaba con prisa. Era ahora o nunca—. Piensa en él. Intenta determinar sus propiedades. Considéralo una sensación desprovista de bondad o maldad en sí. Investígalo con perspectiva científica y pregúntate si esta sensación en concreto tiene que ser necesariamente desagradable.

—Bah —dijo Coblenz con desconfianza—. ¿Con qué estás intentando engañarme? Esto es una teoría.

—Venga, inténtalo —le urgió Balkan—. Dale una oportunidad.

Coblenz se puso a ello con solemnidad, sondeando su interior mientras su rostro añadía un nuevo matiz problemático a su expresión. Balkan, que contenía temeroso la respiración, analizaba a su amigo para detectar por adelantado, si es que era capaz, una señal en una dirección o en otra. El tiempo pasaba dolorosamente y Coblenz no pronunciaba palabra. Empezó a preocuparse.

—Porque nada hay bueno ni malo —repitió túbeteando Balkan—. Como dice... Hamlet...

—¿Sabes? —terminó por decir Coblenz—, creo que tiene algo de sentido lo que dices. Funciona un minuto y luego reconoces: para qué me voy a engañar, me duelen las muelas. Es una teoría, pues muy bien, no intentes colarme ninguna bobada. De todas maneras, gracias.

Coblenz se puso a recorrer la habitación, decidido a toda costa a no tocar la botella de *whisky* de nuevo, pero era cada vez más difícil. Alguien llamó a la puerta y Coblenz, feliz por la distracción, exclamó con sentimiento: «¡Adelante!».

Un anciano, con la ropa gastada, entró en la habitación. Estaba encanecido por la edad, hecho un guiñapo y pálido. Sostenía en el índice una sarta de perlas amarillas.

—Para tu amorcito —dijo esperanzado—. Cincuenta centavos. Vale un dólar, yo también tengo que vivir.

—No tengo novia —respondió, molesto, Coblenz.

—Pues para tu hermana. Cuarenta centavos.

—No tengo hermana. No tengo cuarenta centavos.

—Treinta centavos. Veinte —rogaba el anciano—. Madre tendrás, ¿no? ¡Diez centavos! Dale una oportunidad a este hombre.

Coblenz empezó a tamborilear: primero el pulgar, luego el meñique y después el anular. Tamborileaba repitiendo fielmente el orden. Los niños de la planta de arriba volvieron a sus carreras sobre patines, ahora ya en serio, y cada chirrido de las ruedas le abría la piel a Balkan, que lo sentía por su amigo. Coblenz estaba ya sorbiendo aire por el lateral de la boca, con la cara contraída, a punto de llorar. Este terrible buhonero le ha devuelto el mal humor, se dijo Balkan, que descubrió que tenía unas ganas enormes de marcharse antes de la explosión. Pero, cuando se levantaba para salir, cambió de idea. Blenholt.

—Ah, sí, Coblenz —dijo como si le hubiera vuelto a la memoria por alguna extraña coincidencia—, sobre el funeral de Blenholt, quería recordarte...

En ese momento el anciano se atrevió a menear la sarta de perlas un poco, con una expresión que se enturbiaba según perdía esperanza. Coblenz seguía tamborileando: pulgar, meñique, anular. Y los niños patinaban por el techo como si aullaran.

—Luego dice la gente que estoy chalado —empezó a lloriquear Coblenz con un tono de voz bajo y un gesto de asentimiento—. Luego dicen que estoy chalado. ¡MALDITA SEA!

Se levantó, cogió la botella verde y volvió a bañarse de *whisky* los dientes.

—¡Vale! ¡Vale! —exclamó el vendedor ambulante, que se sintió ofendido—. No tienes que volverte loco. No solo que

no compra —murmuraba—, tiene que volverse loco también de paso.

Y farfullando indignado se marchó.

Balkan sentía la apremiante necesidad de seguirlo. Miraba la cara de su amigo, hinchada de dolor y exasperación, y temblaba. Estoy asustado, pensó, y el miedo era una humillación: es verdad, me tiene intimidado. ¿Quién es este para tenerme intimidado? ¿Qué me pasa?

—¡Coblenz! —soltó—. ¿Qué hay del funeral de Blenholt? Lo prometiste, ¿te acuerdas?

Coblenz cogió la escoba y, amenazador, fue hacia él. En silencio, con una expresión ominosa, se aproximó con los pasos lentos y arrastrados de un maníaco.

—*Oui, monsieur* —dijo, casi con calma, inmovilizando a su presa con la mirada—. *Oui, monsieur*. ¿Desea algo más el señor esta deliciosa mañana? Lo único que me falta es que me fastidies la vida para que todo sea ya magnífico.

Balkan estaba a punto de echarse a gritar.

—Venga, no te pongas...

Coblenz siguió avanzando. Balkan tragó saliva. Se sentía un desgraciado, era el colmo, pero no podía contenerse. Retrocedió hasta la puerta y salió de golpe. Derrota consumada.

En la habitación, Coblenz se quedó por fin a solas. Primero miró la puerta, después al techo y luego a la escoba. Parecía dolerle la cabeza entera. Ah, maldita sea, lloriqueó. ¿Por qué siempre yo? ¿Por qué yo?

Con tristeza y lágrimas en los ojos, se desplazó metódicamente por la habitación, golpeando el techo, golpeando el techo, golpeando el techo.

*No T. Escapes
lo metió Dios en la cárcel
subido bido a un caballo bayo
sin cola cola ni tallo tallo.*

—¿Te gusta mi canción? —le preguntó Heshey a Balkan en el descansillo.

—Muy bonita —respondió Balkan, que intentó sonreír. Estaba agradecido. Llegado ese momento del día ya se veía enterrado entre los mansos y Heshey era un compatriota fácil.

—¿Lo mismo quieres que te la cante otra vez? —ofreció Heshey tímidamente.

—No, Hesh, aquí no. Vas a molestar al señor Coblenz. Le duelen las muelas.

—Oh, no es molesta. No T. Escapes lo metió Dios...

—Hesh.

—¿Qué?

—No cantes. Salte a la calle a cantar.

—No puedo. Mi mamá no quiere que salte en la calle. Me van a tropellar.

—Pues salte al patio.

—Chink está en el patio. Me va a pegar.

La Rubita apareció por la escalera dando zapatazos. Era una niña patizamba con la boca manchada de gachas. Le enseñó una pelota de goma a Heshey.

—¿Quieres jugar?

¡¿Jugar con niñas?!

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó Hesh con voz estridente—. ¿Quién te crees que soy?

—Venga. Vamos a jugar a Melvin, Melvin, Melvin. Melvin, Melvin, Melvin —canturreó la Rubita botando la pelota entre las piernas con cada repetición del nombre.

Hesh miraba la pelota boquiabierto. Quería jugar.

—No puedo hacer nada. No me deja. —Hesh dirigió una mirada de reproche a Balkan.

—Va, venga. Juega —lo animó Balkan, que empezó a subir las escaleras.

Tenía que ver a Munves y luego vestirse. Más tarde, quizá, se las apañaría para recoger a Coblenz y así podrían ir los tres

al funeral de Blenholt. Lo mismo salía todo bien al final. Iba a ir al funeral, se prometió, pasara lo que pasara. Si había tomado una decisión, no podía permitir que nada interfiriera en ella. El ánimo, como una pelota que se llena de aire, tomaba cuerpo lentamente, según ascendía escalones con la cabeza alta otra vez.

—¿Max? ¿Eres tú, Max?

—Ruth —respondió Balkan—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Nada. Salí a dar un paseo y se me ocurrió pasar a verte de camino.

—Robert, Robert, Robert, un nombre que empieza por R —decía la Rubita, que le dio a la pelota un último bote, más alto.

Hesh la cazó al aire con la palma de la mano y empezó a botarla entre las piernas de inmediato.

—Rosie, Rosie, Rosie —cantaba con una expresión seria—, un nombre que empieza por L.

—Acabo de salir de casa de Coblenz —dijo Balkan—. Repámpanos, menudo sujeto. A veces es que no puedes ni dirigirle la palabra.

—¿A quién? —preguntó Ruth—. Ah, Coblenz. Está chalado.

—¿Sabes? Si te soy sincero, me tiene apabullado. No me gusta admitirlo, pero es como si le tuviera miedo.

—Está chalado —respondió Ruth con comprensión maternal—. No le hagas caso. Es perverso y pesimista, dice locuras y se piensa que es el más listo. No es tan listo como cree —añadió con un gesto de sabiduría.

Los listos lo único que tienen es una capa de barniz.

—Sí, lo sé, Ruth —contestó Max, que, aunque apreciaba su comprensión, no pretendía utilizarla de excusa—. Sin embargo, en todo esto hay algo curioso que tiene que ver conmigo. Mira, voy a verlo porque tengo que decirle algo y, entonces, él se pone de mal humor por un dolor de muelas y

por los niños que patinan en el piso de arriba y yo me voy con miedo de abrir la boca.

—Bueno, si es tan importante, vuelve y díselo. Sigue ahí.

—¿Ves? A eso me refiero cuando digo que hay algo curioso que tiene que ver conmigo. No puedo volver. No me apetece. Es como ir a una tienda a comprar sellos. Solo que peor, claro.

Un bostezo incipiente asomó a la boca de Ruth, que intentó sofocarlo. Las ventanas de la nariz aletearon suavemente, la boca se le deformó por el esfuerzo y los ojos se le cerraron soñadores.

—Mira —dijo ignorando a Coblenz—. Es para ti.

Una carta.

—¿Qué es? —preguntó Balkan emocionado—. ¿Para mí?

—Una carta. De la telefónica. Vi que asomaba de tu buzón, así que pensé en subírtela y ahorrarte el viaje.

—Dámela, por favor —dijo Balkan cogiéndola.

Rompió el sobre dando tirones nerviosos y con los ojos acuosos. Se le descompuso el gesto.

Estimado Sr. Balkan:

Gracias por tenernos en consideración en lo relativo al proyecto que nos describió en su reciente carta. Aunque consideramos que su proyecto de servicio de información cinematográfica tiene sin duda evidentes posibilidades comerciales, sentimos comunicarle que no estamos en condiciones de aprovecharlo en este momento.

Siempre a su disp...

—No es nada —dijo Balkan a toda prisa—. Solo es publicidad.

—Déjame que la vea. —Ruth había observado su expresión y sospechaba—. Tú y tus ideas locas, ¿qué le estás intentando vender a la telefónica ahora?

—¡No es nada! —protestó penosamente Balkan.

—Dámela.

—Maura, Maura, Maura —canturreó Hesh con gran concentración—, un nombre que empieza con S.

—Seymour, Seymour, Seymour —contestó la Rubita triunfal.

—No la leas, Ruth. No es nada. ¡Por favor! No tiene ninguna importancia.

Batallaron cuidadosamente por la carta, pero al final Ruth se la arrancó de las manos.

—No la leas —le rogó Max en vano.

Ruth la leyó y su expresión se endureció.

—Después de todo lo que he intentado contigo... —dijo en un tono frío que preocupó a Balkan—. Y llaman chalado a Coblenz. ¡Mírala! ¡Anda, mírala! A veces pienso de verdad que eres tú el atontado.

—Bueno, ¿qué pasa con mi idea, eh? Que la telefónica no la quiera no significa nada. Todo gran hombre parece ridículo hasta que alguien aprecia su genialidad. Eso es lo que dice Arthur Brisbane, que tampoco es que lo sepa todo.⁴ Hasta que un gran hombre triunfa, es un imbécil. Mejores hombres que yo han muerto sin reconocimiento alguno.

—Organizar un servicio telefónico. Hacer que la gente llame para saber qué ponen en el cine del barrio. Bah, no sé para qué te hablo, Max. Estás loco.

—¡A veces me sacas de quicio! ¿Qué tiene de loca mi idea? La gente quiere saber qué ponen y la compañía telefónica ganaría mucho dinero con las llamadas extra, como les decía en la carta.

—Míralo —respondió Ruth con desprecio—. Mira cómo se emociona.

—¡Repámanos! —chilló Max—. Pero ¿qué te pasa? ¿Acaso no tienen un servicio para la hora? ¿No llama la gen-

4 El periodista, editor e inversor inmobiliario Arthur Brisbane (1864-1936) fue uno de los grandes hombres de la prensa estadounidense de su tiempo. Socio del magnate William Randolph Hearst, sus columnas de opinión aparecían en los periódicos de todo el país.

te para saber qué hora es? ¿Hay algo loco en eso? Las ideas dan mucho dinero estos días. Conozco a un tipo que tiene un familiar al que se le ocurrió inventar un mechero sin llama. Hizo un cuarto de millón de dólares en un periquete. Mira mi idea de poner coberturas individuales en las tazas de los váteres públicos. Supongo que dirías que es también una locura si no se me hubiera adelantado alguien y se hubiera hecho de oro antes de que yo pudiera convencer a un solo fabricante de papel. ¡Tú es que lo sabes todo!

—¡Tú y tus ideas! —exclamó Ruth con los ojos vidriosos—. Se te ocurren un millón de ideas y no tienes siquiera un trabajo. Querías que el metro pusiera transistores para que la gente no se aburriera en los vagones. Querías abrir una cadena de puestos de bebidas de una costa a otra del país, solo que tenían que vender sopa de pollo caliente. En tazas. Querías inventar un paracaídas autónomo para que la gente se quedara en las nubes todo el tiempo que quisiera. Cada cosa que se te ocurre va a conseguir millones de dólares, todas, pero ni siquiera tienes trabajo, no tienes ni un centavo, ¡lo único que tienes es un millón de ideas!

Terminó llorando. Balkan no podía más que estremecerse con la mención de cada uno de sus apreciados proyectos, el ridículo lo bañaba en un aguacero continuo. Era su vieja discusión. Y ahora Ruth estaba llorando.

—Un millón de ideas, sí, te puedes reír —dijo con suavidad—. Pero una de ellas hará contacto. Ruth, tan seguro como que me llamo Max Balkan que, tarde o temprano, verás el día en el que una de mis ideas se hará gigante. Entonces estaré en el ajo y te comerás todas y cada una de las palabras que has dicho, una detrás de otra.

—Pero, mira lo que dice —gemía Ruth amargamente—. ¡Si es John Pierpont Morgan!⁵

5 J. P. Morgan (1837-1913) fue el gran magnate de la banca estadounidense del último tercio del siglo XIX y protagonista de la gran transformación industrial del momento.

—¡Ickey, Ickey, Ickey, un nombre que empieza por I!
—cantaba la Rubita con el tiempo justo de terminar el verso y recuperar el aliento.

Balkan extendía una mano para colocarla en el hombro de Ruth cuando, de pronto, quedó paralizado por el miedo. La puerta de Coblenz se había abierto y su amigo asomaba la cabeza: una cabeza pavorosa, con el pelo enmarañado, los ojos desbocados y una boca salvaje.

—¿Por qué demonios no os vais de aquí? —les preguntó con sinceridad, como alguien que realmente quiere saber—. ¿Es que no tengo ya suficientes problemas? ¿No hacen suficiente ruido los patines? ¿No me duelen las muelas, todas y cada una de las muelas? ¡Largaos! ¡Moríos! ¡Cerrad la boca!

Se oyó un portazo.

Todo el pasillo había quedado en silencio. Los niños habían dejado de jugar, sorprendidos por la extraña presencia de Coblenz. Balkan estaba lívido y Ruth había parado de llorar.

—Sophie, Sophie, Sophie —retomó el juego Heshey—, un nombre que empiece por G.

—George, George, George —respondió la Rubita. Esa había sido fácil.

—Mira —dijo Balkan en un tono sumiso. Estaba leyendo la carta—. Pone que «aunque consideramos que su proyecto tiene posibilidades comerciales, lamentamos no poder aprovecharlo en este momento». ¿Ves?, admiten que es una buena idea. Lo que pasa es que no la quieren justo ahora. Quizá les interese más adelante.

—Ay, mira, Max —contestó cansada Ruth, sin una lágrima ya—. No quiero discutir contigo. Vamos a dejarlo.

—Vale, lo que pasa es que a veces tienes que admitir que eres... vale, olvídalo. Pero lo que quiero decirte es que... no olvides lo que te he dicho de que tan seguro como que me llamo Max Balkan...

—Oye, Max, ¿quieres ir al cine?

El cine. Siempre el cine.